

del Rey Profeta, tal como lo vemos pintado en el verso noveno del salmo 54, bajo los nombres de tempestad y de pusilanidad de espíritu; ó al que designaba enfáticamente el Apóstol bajo el nombre de anatema. Parece, según la historia, que Santa Catalina de Sena y el bienaventurado Suzon fueron probados por una tribulación semejante. Yo creo que la comparación más propia para dar una idea de esta triste situación, sería la de una alma escrupulosa que se persuade que el cielo está cerrado para ella, que Dios se ha convertido en su enemigo, y que su lugar está ya señalado en el fondo de los infiernos: "Las visiones que se me presentan, decía nuestra virgen, y los terrores que experimento son tan horribles, que bastarían para arrancarme mil veces la vida, si Dios no me la conservara por medios milagrosos. Paréceme á veces que estando presente al juicio de Dios, entre los réprobos, veo al soberano Juez lanzar sobre nosotros miradas irritadas, y que lo oigo pronunciar estas palabras fulminantes: Id, malditos, al fuego eterno. En fin, bien puedo decir como el Rey Profeta: Dolores de infierno me han circundado, y lazos de muerte me han prendido."

Todos cuantos conocen bien al Corazón de Jesús, adivinarían fácilmente los consuelos que debieron seguir á esta terrible tem-

pestad. Sólo para probar su amor la había afligido tan profundamente, y no podía dispensarse de colmarla de las bendiciones de su dulzura. La Escritura nos asegura formalmente respecto á esto: "Todo aquel que os sirve bien, ¡oh Dios mio! decía el santo hombre Tobías, mira como una verdad indudable que después de la tempestad que le agita, volverá la calma, y que después de haberle hecho derramar lágrimas, derramareis la alegría en su corazón."—"Vuestros consuelos, Señor, decía el Salmista, han inundado mi alma en proporción de la grandeza de mis penas." Los directores de la sierva de Dios, bien persuadidos de esta verdad, le preguntaron dos veces lo que su Esposo hacía por ella en este particular. La humilde virgen habría querido poder callarse, ó desviar diestramente el discurso; pero no pudiendo hacer ni lo uno ni lo otro, confesó ingenuamente los insignes favores que sucedían á estas tristes pruebas. Las paso aquí en silencio, porque encontrarán su lugar más á propósito en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIII.

El espíritu y las visiones de Rosa son sometidas á un severo examen.

La luz de la gracia que alumbraba á nues-

tra santa desde sus más tiernos años, le daba tal seguridad del atractivo divino, que no podía dudar de la rectitud del camino por el cual andaba, aunque por otra parte fuese muy extraordinario. Mas siendo demasiado humilde para pretender imponer su convicción á sus directores, se sometió á todos los exámenes que juzgaron á propósito hacerle sufrir en esta materia. Cada nuevo confesor á quien se dirigía, despues de haber perdido el depositario de su confianza, no dejaba de hacerle sufrir un interrogatorio, acerca de las vías que seguía; pero además de estos, dos doctores célebres, que estuvieron encargados de dirigirla, cada uno á su modo, la obligaron á responder al interrogatorio más completo que puede imaginarse. Verdaderamente, la eleccion de estos dos hombres fué proporcionada por la divina Providencia, á fin de que sus luces y su santidad hiciesen más indudable la de su sierva. No es, pues, apartarme de mi asunto el poner aquí un corto elogio de estos dos hábiles maestros.

El doctor Juan de Castillo, seglar y médico de profesion, pero verdadero religioso por el espíritu y la conducta, era conocido como el hombre más santo que había entonces en Lima. Dotado de un juicio tan vasto como profundo y muy laborioso, había lle-

gado á ser no solamente un médico muy hábil, sino un hombre superior en toda clase de conocimientos. Así es que era célebre en las escuelas, y los sabios le consultaban como un oráculo en las cuestiones oscuras y los puntos litigiosos de las mismas. Mas contra lo que sucede ordinariamente, sus sabios estudios no habían ni perjudicado á su humildad, ni desecado su corazón, ni puesto obstáculo á la luz de la gracia. Su vida era un verdadero espejo de perfeccion, á tal grado, que la fama le atribuía todas las virtudes en un grado heroico. Había aprendido la teología mística más bien por experiencia que por los estudios especulativos, y la poseía con una exactitud que nada dejaba que desear, conociendo todos sus principios, todas sus reglas y la clasificacion de sus capítulos. Puedo citar en confirmacion de este elogio, un testigo de grande autoridad, el P. Alvarez de Paz, provincial que era entónces de la Compañía de Jesus en el Perú. Este piadoso y sabio religioso, que escribía en esta época sobre la meditacion, la oracion y la contemplacion, tuvo que recurrir muchas veces á las luces de este hombre extraordinario, y de él es de quien habla como de un gran maestro, en su tomo 3.^o de la Contemplacion, libro 3.^o en el lugar donde examina si la voluntad puede ejercitarse so-

bre lo desconocido. Solamente que no lo nombra, porque este piadoso médico vivía todavía.

A petición del mismo P. Alvarez, escribió este grande hombre un tratado de las visiones que había tenido á favor de los rayos y de las luces contemplativas. Habiendo llegado este libro á manos del Arzobispo de Myra, muy versado tambien en esta materia, quedó lleno de admiracion, y mandó sacar una copia de él para enviarla al Sumo Pontífice. Tal fué el doctor Juan de Castillo, uno de los examinadores de la sierva de Dios. Pasemos al otro.

El P. Juan de Lorenzana, dominico, era el émulo de Juan de Castilla, y gozaba de una fama casi igual. No se sabía qué era superior en él, si su alta perfeccion, su profunda ciencia teológica, su amor por la contemplacion, ó su habilidad en conducir los negocios y las almas que le estaban confiadas; la perspicacia de su espíritu, ó la madurez de su juicio. De aquí es que le fueron dados varios empleos de confianza, por que era casi siempre prefecto de los estudios, ó superior en algun convento de su órden. Profesó mucho tiempo la teología en la real Universidad de Lima, y fué calificador de la Santa Inquisicion en el Perú. Despues de haber ejercitado el cargo de prior en el con-

vento de Lima, llegó á ser vicario general de la provincia de San Juan Bautista, luego provincial, y en fin visitador. Tan versado en los negocios civiles como eclesiásticos, tenía la confianza de los hombres de todas clases. Venían á consultarle acerca de todos los negocios difíciles que se presentaban, no solamente en las familias, sino tambien en el senado, en los diversos tribunales y aun en los consejos de los Obispos. Seguia-se su parecer, porque se había reconocido por experiencia que este piadoso doctor había recibido de Dios un don eminente de consejo. Pero sobre todo, en la ciencia de los santos es donde este religioso era admirable. La teoría, la experiencia, el conocimiento del corazon humano, y el discernimiento de espíritus, se encontraban reunidos en él en un grado eminente; y así era considerado como un guía tan hábil como discreto. Hé aquí cuales fueron los dos hombres encargados por el cielo, no digo para examinar solamente, sino para atestiguar la alta santidad de nuestra vírgen. Pasemos ahora á los severos exámenes que le hicieron sufrir.

El doctor Juan de Castillo habiendo recibido la mision de proceder á este exámen, llevó consigo, por decencia, á la madre de la santa jóven y á la Señora Doña María de

Usátegui, de quien ya hemos hablado muchas veces. Acompañado así, fué á buscarla á su celda y la sometió á un interrogatorio que duró tres horas. Voy á referirlo aquí textualmente para conservarle su claridad y proporcionar un modelo á los que estén encargados de un procedimiento semejante.

Primera cuestion.—¿Qué tiempo ha que os ha dado Dios el espíritu de oracion con la paz sobrenatural tan preciosa en este ejercicio?

Respuesta.—No sabré deciros en qué época me ha hecho Dios esta gracia; porque desde mis más tiernos años, me he sentido atraída á la meditacion, lo mismo que á las oraciones jaculatorias; de suerte que nada me era tan dulce como el pensar en Dios, conversar con él y ocuparme de las cosas del cielo.

Segunda cuestion.—¿Habeis hecho siempre este santo ejercicio con la misma aplicacion de espíritu, con la misma facilidad, con el mismo recogimiento y una constante tranquilidad de alma?

Respuesta.—Hasta la edad de doce años, experimentaba en mis oraciones algunas vicisitudes; pues aunque mi alma estuviese habitualmente libre y tranquila, no obstante, encontraba á veces algunas dificultades,

que, por lo demás, no eran ni muy serias ni muy largas; sino más bien, cansancio de cuerpo, adormecimiento y distracciones pasajeras; mas desde la edad de doce años, no me ha sucedido nada semejante, sino que por el contrario, este ejercicio ha llegado á serme muy fácil. Tan luego como me pongo en oracion, siento mi alma poderosamente atraída dentro de sí misma, y mis facultades de tal manera cautivadas por un gusto indecible, que ninguna distraccion ni de dentro ni de fuera, podría turbar mi atencion amorosa á la hermosura de Dios presente en mí.

Tercera cuestion.—Durante esta suspension de las potencias de vuestra alma, ¿cuáles son sus apoyos? ¿Hace algunos esfuerzos? ¿Y estos le cuestan algun trabajo?

Respuesta.—No siento ninguna necesidad de apoyo; no hago ningun esfuerzo, ni experimento ninguna resistencia. Mis facultades van á su centro como por un atractivo magnético, y se encuentran embriagadas de una suavidad tal, que todo sentimiento de pena llega á serme imposible. Mi corazon hierve bajo la accion de un fuego cuyas operaciones son tan dulces que no sabría expresarlas. Despues queda en el fondo de mi alma una presencia de la Divinidad, que me parece ver serena, graciosa, benévola, y la felicidad que experimento, hace que me

sea imposible encontrar consuelo en ningun otro objeto.

Cuarta cuestion.—¿Habeis leído algunos libros de teología mística que enseñan el método y el arte de este sublime recogimiento, ó á lo ménos, disertan sobre sus efectos, sus señales, sus propiedades y su naturaleza?

Respuesta.—Jamás he tenido á mi disposicion ni he leído semejantes libros. Mi única maestra en este género ha sido mi experiencia práctica; por esto me cuesta tanto trabajo hacer comprender lo que pasa en mí, y aun ignoro si mi género de oracion tiene un nombre que le sea propio.

Aquí el doctor, que era muy hábil teólogo místico, emprendió el explicar á Rosa, por medio de sus nociones técnicas, la ciencia sagrada de las celestiales ilustraciones. La contemplacion que teneis, le dijo, se llama por los maestros oracion de union. Vuestro entendimiento se aplica á ella, no por una especie adquirida, sino por una especie infusa que viene del Espíritu Santo. De aquí viene que no puede representarse nada de corporal, y que está vacío de toda imagen sensible. Una pureza luminosa de una forma espiritual, le penetra de tal suerte que está como impregnado de ella. Dios desciende por una caída súbita é íntima, en el santuario de vuestra alma: la parte afectiva es

encendida por una llama que proviene del amor increado, y se forma en el palacio de vuestra voluntad un gusto anticipado delicioso de la fruicion bienaventurada. Luego añadió, conforme á los aforismos de esta sublime teología, diversas enseñanzas sobre la simplificacion del corazon, sobre el vivo esplendor de la intencion purificada, sobre la desnudez de los afectos, sobre la indiferencia resignada, sobre las introducciones secretas, sobre el abismo de luz, sobre el sabor de todo discurso que tiene por objeto las cosas celestiales, sobre la fuente de vida, y otras muchas cosas que agradaron mucho á la sierva de Dios, y le sirvieron en lo sucesivo de vocabulario para explicar mas claramente y con mas exactitud, lo que pasaba en ella. Despues de esta instruccion, que Rosa comprendió maravillosamente, el doctor, volviendo á propósito sobre sus pasos, entró en el dominio de la vía purgativa y continuó su exámen.

Quinta cuestion.—¿Por cuánto tiempo, por qué industrias y con qué trabajos habeis combatido las malas inclinaciones de la naturaleza, los vicios y las pasiones?

Respuesta.—Apénas me acuerdo haber tenido que sostener semejantes combates. Por un favor de Dios, el cual nunca sabré agra-

decer lo bastante, encontré en mí, desde mi más tierna infancia, una propension como natural á la virtud, y pude practicarla sin que mis pasiones me opusiesen un grande obstáculo. Tan luego como conocí á Dios, temí desagradarle y concebí un vivo horror al pecado. Si algun movimiento indeliberado se levantaba en mí, contra mi razon, no tenía necesidad, para detenerlo, más que de un simple recuerdo de la divina presencia.

Sexta cuestion.—¿Qué consuelo encontráis en las criaturas, cuando dais á vuestro espíritu, fatigado del trabajo de la contemplacion, algun descanso ó alguna inocente satisfaccion?

Respuesta.—Ninguna cosa creada podría alegrarme. Mi única satisfaccion es el saber con una plena certeza, que Dios está conmigo, y sentir su divina presencia. Su recuerdo forma mi felicidad; y así, prefiriría sufrir todo y perderlo todo, ántes que dejar un sólo instante de pensar en él.

Sétima cuestion.—Como es indudable que una alma no sube á este grado sino pasando al través de las tribulaciones, debo preguntaros, si por lo ménos, habeis experimentado contradicciones y persecuciones de parte de los hombres?

Respuesta afirmativa.—Mas por respeto para con su madre que estaba presente, no

entró en ningun detalle, contentándose con decir en general, que la singularidad de su vida le había atraído á veces algunos insultos y vejaciones. Por lo demás, añadió, he tenido que soportar tribulaciones mucho más terribles, y sobre esto, refirió la historia de la cruel prueba que hemos referido en el capítulo precedente. Luego, aprovechando la ocasion, suplicó al doctor que le explicara la naturaleza de esta prueba, su origen, etc. El doctor consintió de buena voluntad en satisfacerla, y le dijo lo que sigue.

Cuando vivíais en estas espesas tinieblas, conservando la esperanza de verlas terminar, sufríais las crueles desolaciones de las almas encerradas en las prisiones del purgatorio. Cuando por el contrario, no os quedaba ninguna esperanza de salir de ellas, experimentabais algo de las penas del infierno. Estas penas son necesarias al alma para hacerle adquirir un perfecto conocimiento de sí misma; porque pasando así de las tinieblas á la luz, y de la luz á las tinieblas, no puede ya desconocer su nada, y distinguir muy claramente lo que tiene de Dios y lo que posee de por sí; este contrapeso mantiene el espíritu en su equilibrio, y le impide enorgullecerse de los dones del Altísimo. El alma aprende tambien, en esta sustraccion de la luz, á estimar más el favor pura-

mente gratuito de la divina familiaridad, lo cual le inspira un temor de Dios tan justo como saludable. En este horno, se purifica el oro de la caridad hasta ponerse resplandeciente: el amor pierde su delicadeza y se hace robusto, al grado de preferir á Dios, á las delicias que vienen de él. Me acuerdo haber leído en las vidas de muchos santos canonizados, que pasaron por el crisol en el cual habeis sido arrojada; y ellos no hacían otra cosa que pedirle á Dios la cesación de esta ruda prueba, ofreciéndose á sufrir cualquiera otra tribulacion más bien que ésta. Despues de esta corta digresion, el doctor volvió á seguir su interrogatorio.

Octava cuestion. — ¿Qué habeis experimentado al salir de esta noche infernal? Aquí Rosa se estremeció como si hubiera aplastado con sus piés una serpiente, y el doctor pudo juzgar de su embarazo por su palidez y su silencio; mas no adivinó probablemente la razón. En vano la instaba, repitiendo hasta tres veces su cuestion; la santa jóven permaneció muda. Hé aquí la causa de su silencio. Es que era necesario para responder, explicar unas cosas muy elevadas, y ella no sabía de donde tomar las palabras que necesitaba para esto. El doctor, admirado de lo que él creía ser una obstinacion, frunció el entrecejo y le dijo con un tono severo:

Rosa, mirad bien que no es tiempo ahora de tergiversar ni de callaros; porque se trata de un asunto que os toca personalmente. Si en este exámen, ocultais ó disimulais alguna cosa, rehusais dar gloria á Dios por los beneficios que de él habeis recibido: y además, me quitais los medios de comprender, y os condenais á no entender nada de las instrucciones que he comenzado á daros y que deseo continuar. Rosa, asustada y toda confusa, como lo indicaba bastante el rubor de su semblante, se hizo un deber de obedecer, suplicando á su juez le perdonara la oscuridad del lenguaje que iba á escuchar.

Respuesta. — Cuando me parece que he descendido al fondo de los infiernos, á causa del estado de abandono en que me encuentro y de las tinieblas que me rodean, que de repente me siento transportada al pleno medio dia de mi antigua union con Dios, y como en los brazos de este Esposo divino; entónces mi felicidad es tan completa como si no hubiera sufrido ningun eclipse. Siento los impetuosos deseos de un amor muy libre que se precipita como un río despues de haber derribado el obstáculo que se había puesto á su corriente natural. El dulce viento de la gracia sopla de nuevo, y el aire está embalsamado de perfumes inefables; mi alma se encuentra sumergida en el profundo

mar de la divina bondad, y se transforma, por una metamórfosis indecible, en su bien amado, al grado de no hacer más que una cosa con él. A estas palabras, cesó Rosa de hablar, pero con un aire de embarazo que daba á conocer que tenía todavía otras cosas que decir. El doctor que lo comprendió así, dijole que continuara; ella se ruborizó de nuevo y no pudo ocultar su turbacion; sin embargo, obedeció. En estos momentos felices, añadió, paréceme que mi union con Dios es inseparable, que estoy segura de no perder jamás su amor y que me ha confirmado en gracia. Siento en mí un cierto don inexplicable, fundamental, sólido, que me persuade que ya no puedo pecar, y me autoriza á decir con el Apóstol: "¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo? Estoy cierta que no será ni la muerte ni la vida, etc.,"

Aquí la santa protestó que nunca se había atrevido á confesar estas cosas á nadie, y que las descubría en esta circunstancia sólo porque se veía obligada á ello por el rigor de este exámen. En seguida suplicó al doctor que censurara sin miramientos la ineptia de su lenguaje. Hasta aquí, le dijo él, no se os ha escapado nada de reprehensible: estad, pues, sin temor, y continuad. Sucédeme con bastante frecuencia, añadió ella,

pero con una voz débil y entrecortada que daba á conocer bien la violencia que se hacía por obediencia, el ver la Humanidad de Jesucristo en las diferentes edades de su vida, y siempre con un semblante encantador, afable y aun cariñoso. La Reina de los cielos se digna tambien favorecerme con su dulce y amable presencia.

Novena cuestion.—Yo desearía saber, dijo el doctor interrumpiéndola, si estas visiones son imaginarias ó intelectuales, largas ó momentáneas, si tienen lugar cara á cara, si oblicuamente por transpiraciones.

Respuesta.—No comprendo el valor de estas palabras distintivas de las diferentes visiones; lo que puedo decir es que veo pasar cerca de mí á mi Salvador de una manera muy clara, aunque fugitiva; porque este pasaje se efectúa casi como el de una estrella. No se me descubre desde los pies hasta la cabeza, sino que veo su busto solamente. Las apariciones de la Santísima Virgen duran un poco más tiempo, por lo ménos ordinariamente.

Décima cuestion.—El doctor comprendiendo que estas visiones eran imaginarias, le preguntó bajo qué forma se le aparecía Jesucristo. La santa pareció de nuevo embarazada, para encontrar los términos propios para expresar lo que quería decir; pero en

fin, con solo los términos de alejamiento, de elevacion, y de casualidad, consiguió explicarse suficientemente. Lo que hubo de más claro en su respuesta, es que no veía sino una luz sin figura, sin dimensiones y sin fin. Esta circunstancia hizo ver á su juez, que su vision bajo este aspecto, era puramente intelectual, y que se trataba de una luz incomprendible, sutil, estable, purísima, soberanamente una y soberanamente múltiple, soberanamente distante y soberanamente próxima, íntima, continente, noble, elevada, incomparable á nada de lo que hay en la naturaleza, incapaz de ser comprendida por el espíritu en su substancia, y no pudiendo ser comprendida sino por sus efectos inmediatos.

Undécima cuestion.—¿Podriais decirme cuales son estos efectos de que hablais?

Respuesta.—La ternura de una robusta alegría, y superior á todo gozo imaginable, el conocimiento de la filiacion divina con que somos honrados, la renovacion interior del hombre viejo en la esencia misma de su alma, el cumplimiento de todos los deseos de la voluntad, un estremecimiento de todos los afectos, una vida constante en la santidad y de todo punto inefable.

El doctor no juzgó á propósito llevar más lejos sus preguntas sobre esta materia, sa-

biendo bien, que en lo que concierne á la union, se dice tanto ménos, cuanto más se quiere decir. Por esto se había limitado á preguntar á nuestra santa lo que le importaba saber, y ella lo había satisfecho plenamente. Dejando, pues, aquí esta materia demasiado elevada, se puso á interrogarla sobre sus prácticas de mortificacion y penitencia. Rosa, estando persuadida que no hacía en este género sino pocas cosas y muy vulgares, habló sin repugnancia de sus ayunos, de su cilicio, de sus disciplinas y otras austeridades; mas añadiendo que se conformaba en todo esto á las prescripciones de su confesor, y que él mismo había fijado el modo y la medida.

En fin, despues de haber satisfecho á las cuestiones del doctor sobre la desconfianza de sí misma, el ardor de su fé, la seguridad de su esperanza y el fervor de su amor, éste concluyó que el camino que seguía era recto y seguro, y que nada en su conducta hacía temer que fuese engañada por las astucias del demonio. El exámen que le hizo sufrir el P. Lorenzana no fué ménos severo, y se terminó de una manera tambien favorable. No siendo este exámen diferente del primero, en cuanto al fondo, lo paso en silencio para evitar repeticiones: me permiti-

tiré no obstante, referir una particularidad de él, que merece ser conocida.

En el interrogatorio acerca de la vía iluminativa, preguntada Rosa acerca de los puntos más difíciles de la teología, admiró á su docto examinador por las respuestas que estaba él muy léjos de esperar de una jóven sencilla y sin letras. Tratábase del misterio de la Santísima Trinidad, de la union hipostática del Verbo, del Sacramento del Altar, de la predestinacion y del libro de la vida, de la gloria de los bienaventurados, de la naturaleza, de la gracia, etc. Ahora bien, en sus respuestas de unos ejercicios tan profundos y tan sólidos, estableció concepciones tan altas, sentencias tan luminosas, expresiones tan propias, tan claras y tan suscintas, que confesó ingenuamente el doctor no haber oído nunca nada tan satisfactorio. Hé aquí, exclamó, una de esas ocasiones en que se debe alabar al Padre de las luces, diciendo con su Hijo: "Os doy gracias, joh Padre mio! de que ocultando estas cosas á los prudentes y á los sabios, las habeis revelado á los humildes y á los pequeñuelos." No fué menor su admiracion, cuando por su orden dió cuenta esta santa jóven del método que seguía en sus confesiones: su lenguaje acerca de esto fué tan exacto y tan prudente, que le parecía escuchar, no á una mujer,

sino á un antiguo profesor de teología. Sus confesores y todos los hombres espirituales que la conocieron, estuvieron de acuerdo en darle el mismo testimonio, y la santa fué, en consecuencia, mirada universalmente como una alma llena del espíritu de Dios, dotada del don de sabiduría en un grado eminente, y gobernada por una ciencia divinamente infusa. De aquí vino la alta estimacion y la veneracion profunda que tenían por ella todas las personas que seguían los caminos espirituales; pero sus dos principales admiradores eran los dos célebres doctores de quienes acabamos de hablar. Admiraban sobre todo dos cosas en ella: la primera, que hubiera sido elevada al estado unitivo sin haber atravesado, por decirlo así, la vía purgativa; y la segunda, que hubiera soportado con tanta fuerza y valor la prueba más terrible que pueda imaginarse. Mas pasemos á los frutos que le trajo su noble y generosa conducta.

CAPÍTULO XIV.

Admirable familiaridad de Rosa con Jesucristo y con la Santísima Virgen.

Una alma á quien las cosas terrenas han llegado á hacérsele amargas, encuentra en